

LIBROS

Presencia de Vicente Aleixandre

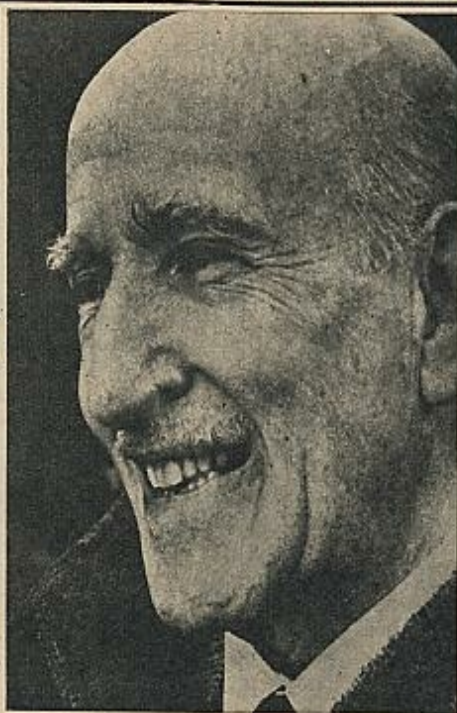
Desde la tragedia de la guerra civil, la «presencia» de Vicente Aleixandre en el panorama cultural español ha significado la fe de vida de la poesía. La publicación de *Sombra del paraíso*, en 1944, significó mucho más que el reencuentro con un poeta singular en todos los sentidos; fue también el primer libro publicado en la España de la posguerra, debido a uno de los maestros de la generación del 27, el único del grupo que, siguiendo con vida y en su patria, había mantenido durante todo el conflicto y en los difíciles años de la posguerra una postura clara y unívoca. El acontecimiento era, pues, único también. Las nuevas generaciones que intentaban la creación de una poética que llevara la verdad por delante encontraron en Aleixandre un ejemplo decisivo. Ejemplo que se ha ido manteniendo felizmente a lo largo de todos los años transcurridos hasta hoy mismo.

Tan joven, puro e inocente como el más bi-sión de los poetas que a través de varias promociones le han presentado sus versos primeros, Vicente Aleixandre ha sabido, a lo ancho de toda su obra, conjugar a la perfección obra y vida, vida y verdad. Y al mismo tiempo ha logrado, gracias a un trabajo casi artesanal, por lo que tiene de rigor, de cuidado y de esfuerzo material, que su obra sancionara, cuando no señalara, los nuevos y sucesivos

caminos por los que debía transitar la poesía española del segundo tercio de nuestro siglo. Cada libro cerraba una etapa e iniciaba otra. Cada uno de los versos alexandrinados ha sido, y es, una fidelidad múltiple: a la vida, a su tiempo, a la necesaria verdad que debe iluminarlo. Así sucede también con su nuevo y, por ahora, último libro: *Diálogos del conocimiento* (1).

Dividido en siete apartados, que a su vez contienen catorce diálogos, este libro de Aleixandre participa de todos los grandes temas de la poesía anterior del poeta. Desde el desencanto humano de su libro inmediatamente anterior, *Poemas de la consumación*, hasta el panteísmo y surrealismo de sus libros mayores; el citado *Sombra del paraíso*, *Espadas como lablos* y *La destrucción o el amor*; así como del contacto directo con la realidad vivida que caracterizaba *Historia del corazón*. Cada uno de los diálogos ilustra una determinada concepción filosófica a través de una acabada y perfecta expresión poética. Aleixandre apura hasta el fin su propia teoría: «Poesía es comunicación». Esta pasión perenne por una comunicación absoluta, no por imposible menos perseguida y deseada, da paso franco a la verdad única de una poesía que se justifica —si es que la poesía necesita justificación— por su propia existencia y presencia. Una somera descripción de los temas tratados en los diálogos del libro nos ilustra suficientemente lo anterior: la guerra considerada como subversión del orden natural, enfrentando a la razón contra el sentimiento, negando la inmortalidad y hasta el futuro;

(1) Plaza & Janés, editores. Barcelona, 1974.



el amor y la muerte como conceptos contrarios y, al mismo tiempo, complementarios, imposibles el uno sin el otro; la castidad narcisista, que sólo adquiere sentido —humanidad— ante la incitación sexual, ante la presencia brillantemente insinuada del sexo; la luz y la sombra como símbolos de la vida y la muerte, solitarias ambas; el «ser para la muerte» (casi el «ser para la nada» existencialista), conocimiento que conduce al fanatismo y al terror, en uno de los poemas más impresionantes del libro: «El inquisidor, ante el espejo»; el mundo como fuente de decepciones, y como fuente de vida e ideas; los contrasentidos y paradojas de la existencia toda, en definitiva.

Aleixandre ha escrito el libro mediante unos «diálogos» de diverso signo. Por una parte tenemos aquellos que responden a un enfrentamiento dialéctico entre dos o más concepciones divergentes entre sí; por otro, aquellos que representan una reflexión, donde el diálogo propiamente dicho

sólo se produce como desdoblamiento de un monólogo que crea su contrario; unos tercetos necesitan del lector para llegar a diálogos; los personajes se expresan mediante monólogos interiores, a los que el lector debe dar la respuesta y crear la tensión dialéctica que todo diálogo comporta. Uno de los rasgos más sobresalientes de la sabiduría poética de Vicente Aleixandre consiste precisamente en esa incitación constante al lector, en ese imperativo modo de hacerle participar en la creación del poema, que semeja estar inconcluso, a la espera del aliento que le dé vida total. Porque si «poesía es comunicación», esta comunicación sólo será posible mediante el conocimiento. En pos del conocimiento.

Inútil pretensión fuera intentar ahora un análisis de las bondades formales de la poesía de Aleixandre, sobradamente manifiestas en toda su obra, y que cobran especiales e inéditas características en este libro concreto. «Padre del verso libre en la poesía española», se

le ha llamado, y justamente; pocos como él han sabido dotar a la palabra de tanta tensión y significaciones polivalentes. Un verso libre que, en rigor, no es tal, por cuanto se sujeta siempre a las necesidades de un ritmo rigurosísimo, en cuya observancia entiende Aleixandre se encuentra la esencia de la poesía. No se trata de una sumisión completa a la regularidad de la entonación, ya que su medida es antes de compás que de sílabas, sino de la explotación sistemática y completa de los recursos que ofrece el idioma, con un conocimiento profundo de la semántica, la filología y la prosodia de una lengua rica y experimentada en tradición poética.

El tono de la poesía de Vicente Aleixandre es noble. Siempre lo ha sido. Quizá, como dijera en cierta ocasión «Pere Quart», esto lleve a hacerla difícilmente soportable sin malestar. Pero las apariciones magistrales, las resonancias clásicas a que alude el gran poeta catalán, no son en Aleixandre una capa brillante para cubrir la pobreza interior, sino, por el contrario, la demostración de la aristocracia de un espíritu libre que se sabe hijo de la tradición. ■ MARTIN VILUMARA.

Las buenas intenciones

En su ensayo sobre la inteligencia liberal de *El poder americano y los nuevos mandarines*, Noam Chomsky puso al descubierto el sentido ideológico de una investigación social dispuesta a forzar la asociación entre el progreso tecnológico en los medios de conocimiento y la aceptación contrarrevolucionaria del sistema establecido. Lógicamente, el segundo aspecto se encubría bajo una pretensión manifiesta de objetividad, fundada en la

aplicación de una serie de criterios tales como la preferencia por opciones políticas intermedias, equilibradas y razonables, el rechazo de la violencia revolucionaria popular y la fijación como meta deseable del cambio social de un proceso gradual controlado por las élites que conocen las leyes de su desenvolvimiento. Esta «subordinación contrarrevolucionaria» del historiador o el sociólogo liberal, reflejada en la oposición a todo cambio que escapa al control de las élites, y, consecuentemente, frente a las acciones revolucionarias de la clase obrera, lleva incluso a la negativa de esbozar un análisis de las mismas que resulta sustituido por juicios de valor condenatorios en nombre de la supuesta objetividad. El ejemplo, para Chomsky, era el libro de Gabriel Jackson sobre la Segunda República y la guerra civil. El recuerdo se hace inevitable, y su actualización resulta notablemente agravada, en cuanto a rasgos negativos, por su menor calidad de conjunto, al enjuiciar la reciente publicación de los *Estudios sobre la República y la guerra civil española*, editados por el historiador inglés Raymond Carr, y con la participación de una serie de firmas conocidas, como Malefakis, Hugh Thomas, Bollen y Stanley Payne (1).

Con mayor o menor desviación, los estudios incluidos en el libro oscilan en torno al eje citado. No es ocioso contrastar, si por azar se tiene cerca el término de comparación, el capítulo de Stanley G. Payne con una versión precedente del mismo autor en *Los militares y la política en la España moderna*, libro suyo de 1967, con versión castellana, y en cuanto al

(1) Ediciones Ariel. Colección «Horas de España». Esplugues de Llobregat, 1973.